



Las obras de Roald Dahl no solo ofrecen historias apasionantes...

¿Sabías que un 10 % de los derechos de autor* de este libro se destina a financiar la labor de las organizaciones benéficas de Roald Dahl?



Roald Dahl es muy famoso por sus historias y poemas; pero no es tan conocido por su labor en apoyo de los niños enfermos. Actualmente, la fundación **Roald Dahl's Marvellous Children's Charity** presta su ayuda a niños con trastornos médicos severos y en situación de extrema pobreza. Esta organización benéfica considera que la vida de todo niño puede ser maravillosa sin entrar a valorar lo enfermo que esté o su esperanza de vida.

En el **Roald Dahl Museum and Story Centre**, en Great Missenden, Buckinghamshire (la localidad en la que vivió el autor), puedes conocer muchas más historias sobre la vida de Roald Dahl y sobre cómo su biografía se entremezcla con sus historias. Este museo es una organización benéfica cuya intención es fomentar el amor por la lectura, la escritura y la creatividad. Asimismo, dispone de tres divertidas galerías con muchas actividades para hacer y un montón de datos curiosos por descubrir (incluyendo la cabaña en la que Roald Dahl se retiraba a escribir). El museo está abierto al público en general y a grupos escolares (de 6 a 12 años) durante todo el año.



Roald Dahl's Marvellous Children's Charity (RDMCC) es una organización benéfica registrada con el número 1137409.

Roald Dahl Museum and Story Centre (RDMSC) es una organización benéfica registrada con el número 1085853.

Roald Dahl Charitable Trust es una organización benéfica recientemente establecida, que apoya la labor de RDMCC y RDMSC.

* Los derechos de autor donados son netos de comisiones.



www.loqueleo.com

Relatos escalofrantes

Título original: *Skin and other Stories*

© 1970, Roald Dahl Nominee Ltd.

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Cra. 11A No. 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

The Sound Machine, The Wish y The Champion of the World: traducción de Flora Casas, cedida por Editorial Debate S.A.

Skin, Lamb to the Slaughter, Galloping Foxley, Dip in the Pool y My Lady Love, My Dove: traducciones cedidas por Editorial Anagrama S.A.

An African Story, The Surgeon y Beware of the Dog, traducción de Frank Schelper.

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez

Distrito Federal, México. C.P. 03240

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-743-465-1

Impreso en Colombia

Impreso por Nomos Impresores S.A.

Primera edición en Alfaguara Juvenil Colombia: octubre de 2004

Primera edición en Loqueleo Colombia: junio de 2016

Primera reimpresión en Loqueleo Colombia: febrero de 2017

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito,

ntes - Relatos - Escalo - Escalofriantes - Re

**ROALD
DAHL**

loqueleg



Introducción

7

Roald Dahl (1916-1990) no necesita ninguna introducción, ni como escritor ni como persona. Sus dos obras autobiográficas, *Boy* y *Volando solo*, reflejan su vida plenamente y contienen además todo el encanto y la destreza del cuentacuentos que era.

Era evidente que para Dahl tan importante era ser lector como ser escritor. Su madre le introdujo a *El viento en los sauces* y a los cuentos de Beatrix Potter y A. A. Milne. En el colegio sus profesores le seguían animando a leer y así conoció las obras de muchos de los escritores clásicos, entre ellos Tolstoi y Balzac, antes de cumplir los trece años. Entre los autores que han tenido mucha influencia en su obra se encuentran grandes cuentacuentos como Somerset Maugham, Rudyard Kipling o Damon Runyon. Pronto se interesó en escribir cuentos que se pudieran leer de un tirón.

Roald Dahl quería escribir cuentos que facilitaran a los jóvenes el compartir con él el placer de la lectura. Dijo una vez que «el éxito de un cuento es sencillo, debe tener un principio, un medio y un final. El lector debe

no querer dejarlo ni un momento». Los libros infantiles de Roald Dahl cumplen con esa cualidad de «no querer dejarlo» y le convirtieron en el más popular de los escritores para niños y niñas. Recuerdo leer un artículo sobre él alguna vez que contenía la siguiente frase memorable: «La popularidad de Roald Dahl crece como un melocotón gigante». Esta afirmación sigue siendo válida. Naturalmente, a los jóvenes les encanta cuando Jorge describe a su abuela en *La maravillosa medicina de Jorge* diciendo que «tenía los dientes marrón claro y una boca pequeña y fruncida, como el trasero de un perro». Pero sobre todo les gustan los personajes de Dahl, la anarquía y la fuerza de los cuentos y el elemento de sorpresa que nunca tarda en presentarse.

Incluso los cuentos que Roald Dahl escribió para adultos contienen esa misma magia. Me acuerdo de cómo disfruté al leerlos o escucharlos por la radio, junto a mi sobrina, que tiene quince años. Es posible que los cuentos para adultos sean más crueles, más sorprendentes, incluso más impredecibles, ejerciendo una oscura fascinación sobre el lector, pero definitivamente es igualmente imposible dejarlos antes del final.

Algunos de los cuentos incluidos en el presente volumen son técnicamente brillantes y han gustado a muchos lectores jóvenes. Representan algo así como un puente entre los cuentos para niños y aquellos para adultos. En ellos aparecen una mujer que mata a su marido con la pata de un cordero, una máquina que hace audible el llanto de las plantas, el viaje de un diamante, un hom-

bre que lleva tatuada en la espalda una gran obra de arte y muchos otros personajes y objetos.

Roald Dahl escribió estos cuentos en Nueva York, en una etapa bastante temprana de su carrera. La mayoría de los cuentos infantiles que los lectores ya conocen datan de una etapa posterior, cuando escribía en su famoso «refugio», una cabaña apartada en el jardín de su casa. Esa cabaña era «su» lugar, lleno de recuerdos, entre ellos uno de sus propios huesos de la cadera, operado por artrosis. Escribía allí incluso en invierno, envuelto en mantas, con los pies metidos en un saco de dormir. Era evidente que su imaginación jamás se enfrió. Los presentes cuentos, «un poco más adultos», te harán sentir muchas cosas; léelos en «tu» lugar preferido y disfrútalos.

9

WENDY COOLING, 2000



Tatuaje

En el año 1946 el invierno fue muy largo. Aunque estábamos en el mes de abril, un viento helado soplaba por las calles de la ciudad. En el cielo, las nubes cargadas de nieve se movían amenazadoras.

11

Un hombre llamado Drioli se mezclaba entre la gente del paseo de la *Rue* de Rivoli. Tenía mucho frío, embutido como un erizo en un abrigo negro, saliéndole solo los ojos por encima del cuello subido.

Se abrió la puerta de un restaurante y el característico olor de pollo asado le produjo una dolorosa punzada en el estómago. Continuó andando, mirando sin interés las cosas de los escaparates: perfumes, corbatas de seda, camisas, diamantes, porcelanas, muebles antiguos y libros ricamente encuadernados. Después vio una galería de pintura. Siempre le gustaron las galerías de pintura. Esta tenía un solo lienzo en el escaparate. Se detuvo a mirarlo y se volvió para seguir adelante, pero tornó a pararse y miró de nuevo. De repente se apoderó de él un pequeño desasosiego, un movimiento en su recuerdo, un conjunto de algo que había visto antes en alguna parte. Miró otra

vez; era un paisaje, un grupo de árboles tremendamente inclinados hacia una parte, como azotados por el viento, el cielo gris oscuro, de tormenta. En el marco había una pequeña placa que decía: «Chaïm Soutine (1894-1943)».

Drioli miró el cuadro, pensando vagamente por qué le parecía familiar. Pintura estrambótica, pensó. Extraña y atrevida, pero me gusta... Chaïm Soutine... Soutine...

—¡Dios mío! —gritó de repente—. ¡Mi pequeño calmuco, eso es! ¡Mi pequeño calmuco, uno de sus cuadros en la mejor tienda de París! ¡Imagínate!

12

El viejo acercó más su rostro a la ventana. Recordaba al muchacho, sí, lo recordaba muy bien, pero ¿cuándo? Eso ya no era tan fácil de recordar. Hacía mucho tiempo. ¿Cuánto? Veinte, no, más: casi treinta años, eso es, fue un año antes de la guerra, la Primera Guerra, en 1913, y Soutine, el pequeño y feo calmuco, un muchacho adulto que le gustaba mucho y al que casi amaba por ninguna razón que él supiera, excepto la de que pintaba.

Ahora recordaba mejor: la calle, los cubos de basura alineados, su mal olor, y los gatos recorriendo los cubos de uno en uno. Luego, aquellas mujeres gordas sentadas en los portales de la calle. ¿Qué calle? ¿Dónde vivía el chico?

La Cité Falaguère. ¡Eso era! El hombre movió la cabeza varias veces, contento de recordar el nombre. Tenía un estudio con una sola silla, y el sucio jergón que el muchacho usaba para dormir, las fiestas que acababan en borracheras, el vino blanco barato, las terribles peleas, y siempre, siempre, el rostro amargo y adusto de aquel muchacho absorto en su trabajo.

Era extraño, pensaba Drioli, con qué facilidad recordaba estas cosas ahora y cómo los recuerdos se enlazaban tan estrechamente.

Por ejemplo, aquello del tatuaje, fue realmente una tontería, una locura. ¿Cómo empezó? ¡Ah, sí! Un día había hecho un buen negocio y había comprado mucho vino. Se veía a sí mismo entrar en el estudio con un paquete de botellas bajo el brazo. El chico estaba sentado delante del caballete y la esposa de Drioli, en el centro de la habitación, posaba para él.

13

—Hoy vamos a celebrar algo —dijo.

—¿Qué hay que celebrar? —preguntó el muchacho sin mirarle—. ¿Has decidido divorciarte de tu esposa para que se case conmigo?

—No —respondió Drioli—, vamos a celebrar que he ganado una gran cantidad de dinero trabajando.

—Y yo no he ganado nada, celebraremos también eso.

—Si tú quieres, de acuerdo.

Drioli estaba junto a la mesa abriendo el paquete. Estaba cansado y tenía ganas de beber vino. Nueve clientes, era estupendo, pero sus ojos no podían mantenerse abiertos. Nunca había tenido tantos, nueve soldados ebrios, y lo mejor era que siete habían pagado al contado. Esto le convertía en una persona rica, pero el trabajo era terrible para los ojos. La fatiga le obligaba a tenerlos casi cerrados. Los tenía terriblemente enrojecidos. Sentía mucho dolor bajo el globo de los ojos. Pero ahora ya estaba libre y era rico como un cerdo y en el paquete había tres botellas, una para su esposa, otra para su amigo y

otra para él. Buscó un sacacorchos y fue descorchando las botellas.

El muchacho bajó su pincel.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Cómo voy a trabajar así?

La chica cruzó la habitación para ver el cuadro. Drioli también fue hacia allí, llevando una botella en una mano y un vaso en la otra.

—¡No! —gritó el chico, poniéndose colorado—. ¡Por favor, no!

14 Quitó el lienzo del caballete y lo puso contra la pared, pero Drioli ya lo había visto.

—Me gusta.

—Es horrible.

—Es maravilloso, como todos los que tú pintas, es fantástico. Me gustan todos.

—Lo único que pasa es que no son nutritivos. No me los puedo comer.

—De cualquier forma, son maravillosos.

Drioli le tendió un vaso de vino blanco.

—Bebe —dijo—, te sentirás mejor.

Nunca había encontrado una persona más desgraciada, con la cara tan triste. Se había fijado en él en un café, unos siete meses antes, bebiendo solo, y como parecía ruso o por lo menos algo asiático, se había sentado en su mesa y entablado conversación.

—¿Es usted ruso?

—Sí.

—¿De dónde?

—De Minsk.



Drioli dio un brinco y le abrazó, diciéndole que él también había nacido en aquella ciudad.

—No fue en Minsk exactamente —había declarado el muchacho—, pero muy cerca.

—¿Dónde?

—Smilovichi, a diecinueve kilómetros.

—¡Smilovichi! —había exclamado Drioli, abrazándolo otra vez—, allí fui varias veces cuando era niño.

Luego se sentó otra vez, mirando con cariño el rostro de su compañero.

15

—¿Sabe una cosa? —le había dicho—, no parece un ruso del oeste, parece un tártaro o un calmuco.

Ahora Drioli miraba otra vez al muchacho. Sí, tenía la cara de un calmuco: muy ancha, de pómulos salientes y con la nariz aplastada y gruesa. La anchura de las mejillas se acentuaba en las orejas, que sobresalían de la cabeza. Tenía ojos pequeños, el pelo negro y la boca gruesa y adusta de un calmuco; pero lo más sorprendente eran las manos, tan pequeñas y blancas como las de una mujer, de dedos pequeños y delgados.

—Sírvanse más —dijo el chico—, si lo celebramos vamos a hacerlo bien.

Drioli sirvió el vino y se sentó en una silla. El muchacho se sentó en su viejo lecho con la esposa de Drioli. Colocaron las tres botellas en el suelo.

—Esta noche beberemos hasta que no podamos más —dijo Drioli—. Soy inmensamente rico. Creo que voy a salir a comprar más botellas. ¿Cuántas compro?

—Seis más —contestó el chico—: dos para cada uno.

